

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

El ataque de la gaviota urbana

JORDI COTRINA



►► Las aves observan al técnico mientras este busca a las dos crías, el miércoles pasado en la Barceloneta.

Una gaviota me ataca». ¿Te ha agredido? «No, me ataca». «¿Qué ha pasado?» Con una llamada, empieza una crónica de horror que ha sucedido durante los últimos 20 días en una calle de la Barceloneta. Es martes y mientras el hombre habla, esta cronista otea el cielo. Está teñido de rojo, ha llovido y una gaviota solitaria sobrevuela la plaza del Museu d'Art Contemporani (Macba).

I. R. vive en un minúsculo último piso de un edificio cualquiera del barrio mariner. Hace tres semanas, mientras tendía la ropa se dio cuenta de que una gaviota lo examinaba. Que te observe un pájaro es inquietante, pero que dicho pájaro sea una gaviota enorme que ladea la cabeza para que el humano se percate de que ella lo está mirando es espantoso.

I. R. confiesa que ese día pensó que esa gaviota tenía algo en su contra, pero descartó el pensamiento por absurdo. «¿Por qué una gaviota me tendría manía?», se dijo. Ese fue el primer encuentro, durante unos días, la gaviota lo siguió espionando: **I. R.** se levantaba y en la azotea del edificio de enfrente estaba el pájaro mirándolo. Se acostaba y la gaviota permanecía ahí quieta.

El segundo encuentro: un día la gaviota, que hasta ahora había sido

una presencia silenciosa, empezó a graznar. Era un graznido quejumbroso, continuo, amenazador que se podía alargar todo el día. Graznaba y lo observaba, pero nada más.

En el tercer encuentro, las cosas se pusieron feas: la gaviota tenía compañía. En la azotea de enfrente, junto a ella, había otras seis gaviotas. Ese día, **I. R.** salió a su terraza para tender ropa y la gaviota que había llegado primero voló hacia él y le embistió mostrándole el pecho.

La gaviota embistió al hombre mostrándole el pecho y hasta se le cagó encima

Además, se cagó sobre él. **I. R.** se lanzó al suelo. ¿Qué estaba pasando? Parecía una mala versión de *Los pájaros*, la novela de **Daphne du Maurier** con la que **Alfred Hitchcock** ha traumatizado a varias generaciones.

I. R. tiene 37 años y pertenece a una generación que busca respuestas en *míster Google*. El día en que lo embistió el pájaro, no pudo dormir. Se levantó de madrugada con una certeza: una gaviota no podía tener la psicosis persecutoria de un huma-

no: «Marca territorio, intenta defender a su cría». Google confirmó su sospecha: cuando tienen a sus crías se vuelven territoriales; el proceso se alarga 40 días hasta que las crías emprenden el vuelo y todos se van.

La ciudad es un conglomerado de vidas paralelas, algunas animales y otras humanas, en competencia por el mismo espacio. **I. R.** tenía que ausentarse de la ciudad y decidió que esa gaviota y sus crías no molestarían a nadie. Regresó el martes pasado. Las crías habían nacido. Eran dos y una estaba sobre el terrado de su baño y la otra, en la azotea.

El martes fue un día y una noche muy largos para **I. R.** Vuelos rasantes, encerrado en casa y con animal alado observándolo sin descanso. Mientras cavilaba qué hacer, sonó el interfono. En los días en los que **I. R.** se había ausentado, la gaviota había convertido al vecino del edificio de enfrente en su enemigo número uno: el chico le contó que las gaviotas –en grupo– lo habían atacado a él y a unos amigos en su terraza, y la persecución había llegado a tal punto que una de ellas hasta hacía vuelos rasantes cuando salía a la calle.

I. R. lo escuchaba estupefacto. De repente, dos gaviotas –una de ellas la madre de las crías– se abalanzaron sobre ellos. No los tocaron, fue

solo un aviso. El vecino había llamado a la Agencia de Salud Pública de Barcelona y le habían dicho que la solución era retirar a los polluelos. El miércoles, llegaría un técnico.

El miércoles, mientras esperaban al técnico, los nervios se contagiaban. Nadie se atrevía a salir a la terraza. Tener siete gaviotas que te escrutan desde el aire es como convivir con un Gran Hermano alado. El técnico llegó y, para sorpresa de todos, las aves no le atacaron. Se llevó los polluelos y explicó a **I. R.** que en unos días la madre se iría.

El ave reaparece

Ese mismo día, unas horas después de que se fuera el técnico, la gaviota había reaparecido. El clan se había deshecho, pero ella seguía ahí, posada en la azotea de siempre y graznando. Era enorme. Mientras **I. R.** explicaba toda esta historia de horror, esta cronista no podía dejar de mirar por la ventana. Cada vez que la sombra de la gaviota aparecía, la cronista daba un brinco. **Hitchcock** ha creado todo un imaginario del horror alado. **I. R.** salió a la calle con la cronista. La gaviota los observaba, pero no atacó. ≡